

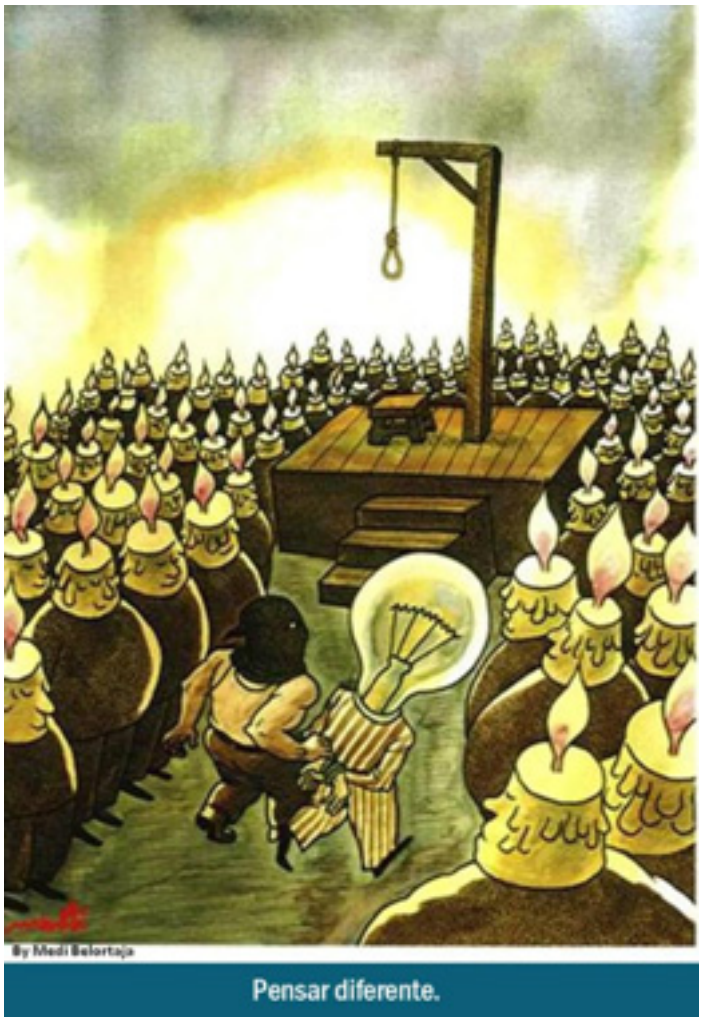
(JUAN MANUEL QUERO , 30/07/2012) Cuando en el verano del 1995 me trasladé de Cartagena (Murcia) a Madrid para comenzar mi segunda y amplia etapa pastoral, me encontré con una realidad que, conocida, sin embargo sería mucho más acuciante y notable en la capital de España. Era el «boom» de la inmigración, especialmente latinoamericana, aunque también de otros países como la rumana.

Una de las cosas que siempre me sorprendieron en contextos incluso cristianos, era el racismo que estaba enraizado en estos flujos migratorios, especialmente en países que se formaron por la misma inmigración, como en buena parte de los los EEUU, y en especial las reacciones que se podían constatar y evaluar en los mismos sistemas sociales. ¿Pero qué voy a decir, que no se sepa en cuánto a esto? Ha sido Obama el primer presidente de los EEUU que es negro, pero no voy a entrar a evaluar esta cuestión. Indico esta referencia migratoria, porque de ninguna manera entendía que esto pudiera darse en un contexto diferente como España, y menos entre cristianos.

Pero al inicio de mi pastoral en Madrid, me tocó lidiar con la realidad de la inmigración, y atendiendo a aquellas personas que llegaban, la iglesia comenzaba a llenarse. Un poco de evangelio, un poco de cariño, un poco de cercanía, y notaban lo que los cristianos creemos, convirtiéndose realidades complejas, en bendiciones tremendas. Disfrutaba de ver lo que Dios hacía. Pero de pronto, me quedé sorprendido, al ver que comenzaban a oírse pensamientos anidados, y que yo ya iba notando en las miradas, y en la forma de posicionarse en cuanto a la iglesia. Ya se sabe… El grito xenofóbico no se dejó esperar: «¡Qué no nos cambien!» Esto no se produjo antes, es decir, cuando ya existían familias extranjeras, pues en este caso serían alemanas, inglesas, estadounidenses; es decir, personas con un nivel económico bastante bueno. Yo creía que la aportación de personas de otros pueblos era una oportunidad para ser enriquecidos, y así también lo entendió la iglesia a pesar de las presiones mencionadas, lo que me permitió seguir realizando el trabajo necesario. Lo autóctono realmente es muy difícil que exista sin lo alóctono, es más, lo que tenemos no puede existir sin aportaciones de fuera, pues en definitiva las nubes que nos traen la lluvia nos refrescan con aguas de diferentes partes del

planeta. Y las culturas, que aún llegando a tener planteamientos cuasi nazistas, son imposibles sin otros elementos, y en su origen así se forman.

Mi conclusión ante esta problemática, más cercana a nosotros, es que estas cuestiones se relacionan más con intereses personales, con intereses crematísticos, con situaciones relacionadas con nuestro estatus personal, conseguido en el entorno que hemos hecho demasiado nuestro. A veces nos es difícil flexibilizar las cosas para aceptar «al otro», sobre todo cuando esto puede suponer merma de lo que considero mío. Se abren autarquías de pensamiento, de vivir con lo que tenemos, porque tenemos bastante, y lo que tenemos, creemos que nos ha costado mucho, para que otros se lo apropien, aunque en definitiva nos haya venido de otros, y además se nos olvidé que la «obra es de Dios». Podemos pensar qué es lo que mis abuelos hicieron y me contaron, cosas que no quiero que se disipen en el crecimiento. Por eso, muchas veces, encontrarnos con alguien que es diferente, pero diferente en este sentido, nos puede hacer xenófobos, en un pensamiento que se puede apartar mucho a lo que realmente ha de ser nuestra guía, la Palabra de Dios.



Me gustó la ilustración que mi amigo «facebookiano», Israel Martorell tenía en su «facebook».

Se trata de una congregación de luces en forma de vela, pero entre estas aparece una bombilla eléctrica, que es llevada al patíbulo por ser diferente. Esa bombilla parecía una amenaza, pues implicaba cambios, y algunos no quieren cambiar porque la vela, es lo de los abuelos, es lo de la denominación, es su sentido… [1] Así se queda muchas veces en el olvido el mismo evangelio que nos indica la necesidad de Renovarnos en el espíritu de nuestra mente (Romanos 12:2).

Es necesario salir de esos callejones autárquicos, estando abiertos a influencias que nos puedan cambiar en lo que es necesario, sobre todo porque puede ser la obra del mismo Espíritu Santo, que actúa a través de otros, y no simplemente de forma mayestática y mística subjetiva. Es necesario que mantengamos lo esencial en lo que Dios nos ha dado, pero permaneciendo en lo que nos sigue dando. No convirtamos en hereje al que hace algo diferente, veamos si estamos entrando en un tiempo de cambio, y guiados por la Escritura seamos coherentes, pues el hereje no es el que piensa diferente a nosotros, sino el que se postula en contra del evangelio, aunque lleve mucho años en su verdad, o sea acorde a una costumbre o cultura.

---

[1] Lectura personal que hago yo de esta ilustración.

Autor: Juan Manuel Quero

© 2012. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA

{loadposition quero}